

DIABLO
Testigo

UN CUENT@ DE
ALMA KATSU

Historia

ALMA KATSU

Editorial

ERIC GERØN

Asesoramiento sobre la historia

IAN LANDA-BEAVERS

Asesoramiento creativo

LEWIS HARRIS, VIVIANE
KØSTY, JØE SHELÝ, DANIEL
TANGUAY

Producido por

BRIANNE MESSINA

Diseñado por

CØREY PETERSCHMIDT

Ilustraciones

IGØR SIDERENKØ



© 2023 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los Estados Unidos o en otros países.

Testigo



Siempre sé cuándo está por llegar una visita. El aire en mi recibidor —que por lo general está quieto y viciado de humo de leña y polvo— resplandece como si tuviera vida propia.

Y al poco tiempo *cobra vida*.

En unos minutos, un extraño se materializa; de la nada se vuelve carne y hueso frente a mí.

Es inevitable que los visitantes primerizos se sorprendan, ya que de repente se encuentran en un recibidor desconocido, ante una figura misteriosa envuelta en sombras y niebla. ¿Es lo que esperaban? A veces los envían en contra de su voluntad y no tienen ni idea de lo que les está pasando. Pero, en general, eligen hacer ese viaje, aunque no sepan que los traerá aquí. No sé qué les dicen que encontrarán; jamás se lo pregunté.

Debo mantener distancia de estos visitantes. Soy una escriba. Alguien que registra la historia con dedicación. Hacer preguntas iría contra las normas.

Pero también soy algo más. Soy una persona que hace de mediadora en los asuntos de los mortales.

Observo cómo el aire se espesa frente a mí a medida que avanza hacia otra dimensión. Aparecen los colores: el gris de la neblina, unos rayos blancos cegadores, los ojos azules de ese hombre como dos pepitas, el destello de la empuñadura de metal de su espada. Luego él se manifiesta frente a mis ojos. Este es alto y enjuto. Su edad es difícil de adivinar; no es ni joven ni viejo, pero claramente es fuerte y ágil. Tiene el cabello largo, pero su rostro no evidencia la cantidad de años que le lleva al pelo ponerse tan plateado. Lleva ropa de viaje, una capa y botas excelentes; todo parece de buena fabricación y costoso, pero se ve muy desgastado por el uso. Se quita su sombrero de alas anchas y revela unas facciones que recuerdan a las de un zorro. Tiene pómulos marcados y nariz puntiaguda. Hay inteligencia en esos ojos, pero también un dejo de frialdad: está receloso. Sin duda, el más sincero de sus rasgos es su boca, que tiene un aspecto burlón, astuto y tenso.

Este hombre tiene algo especial. Y no es solo su espada, que tiene una hoja afilada hecha para usarse, que no exhibe solo a modo de advertencia.

No tarda mucho en orientarse, a diferencia de la mayoría de los visitantes. A veces los invitados llegan por medio de sueños, pero por lo general viajan desde Santuario usando elixires, e incluso ciertos tés. Parece estar recuperándose rápido de los efectos. Tal vez no bebió mucho de lo que haya usado, o quizás usó el menos potente. Ni tintura de belladona ni salvia de los adivinos. Tal vez, como mucho, un dedal de sangre de sabueso o de asta de ciervo pulverizada. Pero es imposible saberlo; muchos de los que dicen ser magos son charlatanes, y vaya a saber qué es lo que ponen en sus pociones.

Cierra los ojos e inhala profundo para recomponerse. Cuando vuelve a abrirlos, su mirada se posa en mí. Tengo casi todo el pelo negro y unos ojos verdes como el mar. Si alguien viniera en busca de un Damji, al verme sabría que encontró una.

De todos modos, llevo una vestimenta elegida para ocultar. Hay poca piel al descubierto, entre mis pantalones, mis mangas y un corsé formado con correas de cuero y herrajes de bronce. Una capucha oculta los detalles de mi rostro; también esconde los delatores movimientos y parpadeos de mis ojos, que podrían revelar

LØS HEDAJI SØN UNAS DE LAS
CRIATURAS MÅS MISTERIØSAS
DEL UNIVERSØ. ALGUNØS
VISITANTES ME BUSCAN PØR
MERA CURIØSIDAD.

lo que pienso. No puedo permitir que los visitantes sepan lo que me pasa por la mente. La capucha deja que el visitante vea lo que le dará confort y lo atraerá: mis impactantes ojos claros y la sonrisa, que para muchas personas sigue siendo hechizante. Una sonrisa que tiene el propósito de tranquilizar al visitante y prometerle un oído paciente y comprensivo.

Su mirada desciende hacia mis manos y antebrazos. Los tatuajes se asoman bajo las mangas. Se podrían confundir con símbolos, pero son palabras. Él no podrá adivinar lo que significan. Están escritas en una lengua muerta que desapareció hace mucho tiempo. Pero sobre las palabras hay nuevas imágenes, dibujos que se arrastran por encima de los viejos tatuajes, que se enroscan a su alrededor, que se funden con ellos y los oscurecen. Mi presente oculta mi pasado; hay un mensaje allí, si se tiene la paciencia necesaria. Pero su mirada se escabulle rápido y baja hasta mis manos manchadas de tinta. Las manchas llegan hasta la mitad de mis antebrazos, puesto que son un símbolo de mi oficio, y ya hace mucho tiempo que trabajo en esto.

Se queda mirando un dedo en particular. Está amputado por encima del segundo nudillo y cubierto con una oscura joya: un tintero. El tintero es una de mis herramientas de trabajo. Es el depósito que contiene el tinte que se mezcla con mi sangre para crear una tinta especial.

Él abre la boca como si estuviera a punto de preguntar algo. Pero, con la misma rapidez, se lame los labios, sonríe con malicia y no dice nada. ¿Acaso sabe lo que significa esa amputación?

No se lo voy a preguntar. Tengo la tranquilidad de saber que no puede hacerme daño, y presiento que él también lo sabe.

—Bienvenido, forastero —digo con mi confianza habitual, aunque hoy no me sienta tan así.

Por lo general, me pone contenta recibir visitas. Anhele la compañía, la distracción.

Pero esta vez no.

Luego él sonríe cuando comienza a entender dónde se encuentra. El lugar a donde llegó.

—Por todos los infiernos, ¿qué...? Bueno, qué sorpresa. Parece que funcionó. Eres una Hedaji, ¿no?



Los Hedaji son unas de las criaturas más misteriosas del universo. Algunos visitantes me buscan por mera curiosidad.

Yo no sabía nada sobre los Hedaji antes de conocer a Badaal, el hombre que se convertiría en mi mentor. Badaal vio algo en mí que le hizo pensar que me iría bien si pasaba a ser uno de ellos. En aquel momento, no estaba en condiciones de darle la espalda.

Fue hace tanto tiempo, de hecho, que ya perdí la cuenta de la cantidad exacta de años. Claro que el tiempo no significa nada para los Hedaji, como le sucedería a cualquiera que pudiera ver el pasado, el presente y el futuro.

El extraño no sabe que tiene suerte de haberme visitado. No necesito ser modesta: soy una de las Hedaji más respetadas. Fui testigo de numerosas hazañas épicas, y registré muchas batallas aterradoras y muertes gloriosas. Eso se debe a que nunca perdí la curiosidad. Aun después de todo este tiempo, tengo ganas de seguir aprendiendo. El conocimiento es una fuerza tan poderosa como una armadura. Es un arma en sí mismo. Algunos Hedaji se conforman con que los invoquen para presenciar algún que otro momento importante, pero yo siempre me he lanzado de cabeza a la cacería. Mi sed es infinita, y mi misión, ilimitada.

Pero el motivo de mi misión cambió.



LAS CARTAS APARECEN POR
ARTE DE MAGIA CUANDO ME
MUEVO PARA TOMARLAS.
LUEGO BAILAN Y SE BARAJAN
SOLAS SOBRE MIS MANOS.

El visitante retrocede y comienza a caminar de un lado al otro por las paredes de la sala, como una bestia salvaje atrapada en un corral, que trata de encontrar una salida. Da unos pasos hacia un lado, y luego gira y se aleja dando zancadas en otra dirección. De repente un banco de niebla se eleva y lo frena como una pared, y él se queda quieto allí intentando rodearlo, aunque no logre verlo bien ni distinguir si es algo sólido.

—¿Dónde estoy?

Su voz tiene como un sonsonete. Lo hace sonar más amable de lo que parece ser. Pero está atrapado, y lo sabe.

Extiende una mano hacia el centro de la sala, intentando alejarlo de las paredes.

—Bienvenido, forastero. Relájate. ¿Cómo te llamas?

—Giaran. Me llamo Giaran.

Dejará de ser su nombre en cuanto nos despidamos; de eso no me cabe duda.

—Estás en mi recibidor. ¿No tenías la intención de venir aquí? No es fácil llegar a este lugar; son pocos los que vienen por accidente...

—Sí, vine con un propósito. Fui a ver a un alquimista solitario, que tenía buenas recomendaciones. Lo último que recuerdo es que bebí una poción...

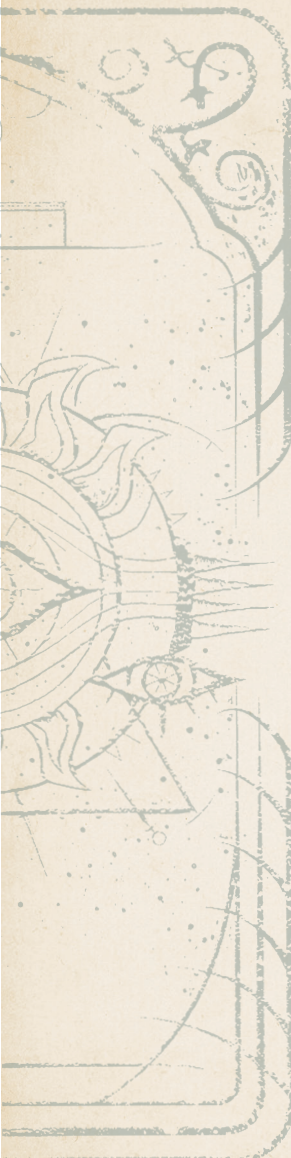
Una mano revolotea hasta su frente. Cierra los ojos, tratando de aferrar un recuerdo que quiere escabullirse.

Hay algo distinto en Giaran. Algo extraño.

—Estás bien. Estás justo donde deberías estar. Puedes mirar a gusto, pues mi morada alberga muchas curiosidades y tesoros, pero debes saber que el tiempo es limitado, y quiero asegurarme de que consigas lo que viniste a buscar. ¿Buscas algo en especial?

Me mira de arriba a abajo, como si nunca hubiera visto a alguien como yo.

—Eres Hedaji, ¿no? El hombre que me dio la poción me dijo que invocaría a



una Hedaji...

—El efecto es inverso —le expliqué con gentileza—. Te ha traído ante mí.

Mientras hablamos, no dejo de percibir algo familiar en él, a pesar de que nunca nos hayamos visto. Después de todo, he recorrido cada rincón de Santuario. He visto más tribus y clanes de los que nadie puede presumir haber conocido, salvo los dioses, así que no dejo que esa extraña sensación de *déjà vu* me distraiga.

—Me llamo Tejal. Ven, siéntate en mi mesa.

A mi señal, una enorme mesa de madera se materializa entre nosotros. Está cubierta con un antiguo mantel rojo, algo deshilachado. Sus pilares son piedras angulares: una calavera ceremonial, monedas de la fortuna, una hoja de adivinación.

Él toca el mantel como si tratara de convencerse de que es real, y luego se tambalea hasta la silla frente a mí.

—¡Ante ti yace el botín de la historia!

Las cartas aparecen por arte de magia cuando me muevo para tomarlas. Luego bailan y se barajan solas sobre mis manos. Cuando extendiendo los brazos a los costados, las cartas vuelan y forman un círculo flotante en el aire. El visitante se queda boquiabierto, como debe ser: es evidente que cada carta vibra y zumba con vida propia, como un portal a su propia historia. Y entonces, cuando las convoco otra vez, estas obedecen y caen ordenadamente hasta que vuelven a formar una pila. Y quedan a la espera.

Por cada carta hay una imagen en la parte frontal, que suele asemejarse a una persona, pero a veces a un objeto, y esa persona u objeto también aparece por

encima de mi hombro en una luz tenue, como un espíritu que escapó de otro plano.

—¿Será que este objeto es de tu agrado?

Hago que la carta flote a la altura de los ojos de Giaran para que pueda ver la imagen antes de dar vuelta la carta para revelar el texto: la historia de esa persona o artefacto. Aparece un río de palabras diminutas y muy apiñadas, tan pequeñas que es imposible leerlas sin una lupa. Luego volteo la carta otra vez y el extraño da un respingo: la imagen fue reemplazada por más palabras y un dibujo, un estudio detallado. Una insignia, por así decir, o un patrón exacto de cicatrices de una herida terrible. Y sigue pasando lo mismo cada vez que hago girar la carta. Los lados siguen cambiando, como un relato interminable sobre el objeto y sobre el dueño de dicho objeto, un libro entero capturado en esas dos pequeñas superficies. Conozco de memoria las historias inscritas en esas cartas. A mi humilde entender, esa es la verdadera magia de los Hedaji: la cantidad infinita de sabiduría que cada uno de nosotros posee. Somos mundos dentro de mundos.

El extraño trata de inmovilizar la carta, pero esta escapa de su alcance.

—¿Qué es esto, un truco? ¿Qué es lo que me estás mostrando?

Ignoro la pregunta. En algún momento se acostumbrará. Todos los visitantes se ponen nerviosos la primera vez que vienen. Al poco tiempo se concentran en los artefactos y recuerdan sus necesidades. Lo que los trajo aquí en primer lugar.

—Mira bien.

Muevo la mano y volvemos al comienzo, a la ilustración minuciosamente representada del cráneo de una rata monstruosa. Se la despojó completamente de su piel y su carne; los huesos quedaron limpios. La manera en que se preservó es casi hermosa y la ilustración lo capturó, hasta el lustre de la laca que se aplicó con ternura sobre el hueso, el modo en que incorpora un revestimiento de color iridiscente sobre el marfil.

Sobre mi hombro, el cráneo sale de la oscuridad.

—Formaba parte de la armadura de Vylum, el hijo druida del señor de La Marca del Oeste —le digo a Giaran—. ¿Oíste hablar de él? ¿No? Fue alguien muy querido por los animales despreciables de las cloacas, los sótanos y los mausoleos. Pero los humanos no lo querían tanto.

No es que crea que este gallardo forastero vino a buscar la aterradora pieza del flagelo de La Marca del Oeste; solo intento hacerlo hablar. Pongo un dedo sobre

la imagen.

—La calavera perteneció a uno de sus esbirros favoritos, una rata inteligente llamada Platón, que fue asesinada por los guardias de la ciudad designados para exterminar a todas las ratas en una época de peste. El dueño de Platón no soportó la idea de despedirse, así que conservó su esqueleto para adornar su túnica. Al observarlo, el Rey Rata es aterrador. Imagínalo engalanado con los huesos de sus compañeros roedores caídos, y sus pieles, dientes y colas. Cuando mata a alguien, deja un cráneo de rata para que sus enemigos sepan quién fue el responsable. Pero no pudo desprenderse de Platón.

El extraño frunce el ceño. Bueno, es algo inquietante de ver, pero siento que él no es impresionable. Este hombre no se asusta al contemplar la muerte.

—Conoces bien su historia. Casi como si hubieras estado allí.

—Es que *estuve* ahí. —Estudio su rostro con la esperanza de hallar alguna pista sobre su verdadero deseo, pero es como un actor que oculta lo que no quiere que yo vea—. Ese es el rol de un Hedaji, sabes: recorremos el tiempo y el espacio para registrar momentos de grandes batallas y gloria. Somos historiadores que capturamos momentos con total nitidez para que no se pierdan en el tiempo.

Echo un último vistazo al cráneo laqueado de la rata.

—¿No te interesa? —Retiro la carta—. Tal vez esto te agrade más.

El cráneo de rata se desvanece en la oscuridad, y lo reemplaza un enorme casco gris con capas de óxido.

El extraño se inclina hacia adelante, intrigado por el revestimiento dorado apenas visible debajo del gris. En verdad, el casco es una campana de hierro enorme arrancada de una iglesia Zakarum en el pequeño poblado de Llamado del Santo.

—Es el casco de un bárbaro llamado Klath-Ulna, el Dorado. Estaba empecinado en saquear las campanas de hierro de todas las iglesias construidas en nombre de la fe Zakarum, y en cortarlas y romperlas para moldearlas y que formasen parte de su armadura de oro grabado. Algunos podrían considerarlo sacrílego, pero Klath-Ulna había abandonado hacía mucho las creencias de la iglesia. La venganza se convirtió en su religión. Además, la campana, aunque se moldeó y grabó en ella una máscara de cuencas oculares y dientes esqueléticos, tenía una pizca de oro injertado, y el oro le otorgaba belleza a este objeto terrorífico... Se burlaba de sus enemigos al usar lo que ellos idolatraban para forjar su aterrador semblante. Los

obligaba a afrontar su *juicio*.

Giaran se vuelve a lamer los labios mientras estudia la imagen. Sí, definitivamente, el oro es más de su agrado. Es un hombre que valora el dinero, entonces. Quizás incluso lo venera. ¿Acaso vino a buscar una pieza del legado de Klath-Ulna? ¿Significa algo para él ese bárbaro aterrador, o simplemente lo tentó la presencia de todo ese oro?

Se levanta de la mesa y se acerca al casco, que se bambolea pesadamente en el aire neblinoso, fuera de su alcance.

Entonces me doy cuenta de que Giaran no quiere tocar el casco: intenta mirar *más allá* de él. Antes no estaba confundido ni intentaba buscar una salida. Trata de averiguar qué otros tesoros posee.

A regañadientes, vuelve a sentarse en la mesa. Retiro la carta. El área detrás de mí se oscurece, y no hay nada más que compita por su atención. Solo quedamos él y yo.

Decido confrontarlo directamente.

—¿Qué es lo que buscas, forastero?

Se vuelve tímido, o quizás es obstinación. Por segunda vez, no responde. En cambio, pregunta:

—¿Todos los Hedaji son como tú?

—¿Quieres saber si hay un vínculo de sangre entre nosotros? No, supongo que somos más como sacerdotes: provenimos de todos los clanes, clases y razas existentes. Creo que nos eligen porque poseemos ciertos atributos o tendencias específicas.

Echa un vistazo a las paredes austeras de la sala.

—Supongo que te debe gustar la soledad. No hay nadie más en estas salas, ¿no? Estás sola.

Un dedo helado me recorre la espalda. ¿Debería preocuparme? ¿Está buscando mis debilidades?

Vuelve a sonreír con malicia.

—No sería agradable para alguien que necesita rodearse de gente.

Cuando era niña, decían que estaba más feliz que nunca en compañía de otros. Mi padre decía que era una líder natural. Creía que algún día lideraría a la comunidad de nuestro clan, como mi madre.



ESTÁ BUSCANDO ALGO EN PARTICULAR.

Pero jamás sucedió; esa niña desapareció hace mucho tiempo. Aunque me ha visitado últimamente para recordarme lo que alguna vez fui.

—Esta vida solitaria parece encajar muy bien contigo —dice, casi con petulancia. Está muy seguro de sus opiniones—. ¿Es así? ¿Eres feliz aquí, viviendo en las sombras?

Barajo las cartas. La sensación al tocarlas me tranquiliza un poco. Son las historias de otras personas. Puede que no sean historias *sobre mí*, pero en cierto modo también son mías, pues yo las registré a lo largo de los milenios. Son lo único que tengo. Son mis hijas, mi familia.

—Es necesario, más allá de cómo podamos sentirnos al respecto. Buscamos esos momentos en el tiempo que deben capturarse, los momentos que no deben perderse.

—Tengo entendido que no puedes interferir.

—Así es. Solo estamos ahí para registrar todo. No podemos cambiar la historia, ni siquiera la de personas puntuales.

Se inclina hacia adelante para acercar su cara a la mía. Puedo oler el aceite que usa para aderezar su melena plateada y el humo de leña adherido a su ropa.

—Pero me dijeron que una vez un Hedaji hizo algo más que registrar: interfirió con el destino.

Tengo la entereza suficiente para no responderle. Logro mantener la mirada y la respiración estables. No hay manera de que *lo sepa*; está intentando sacarme información. *Por eso vino aquí.*

Sonríó con satisfacción.

—Todos *quieren* que los Hedaji rompan su juramento: así pareceríamos más humanos. Más cercanos. Pero... no. No es nuestro estilo.

Él asiente con la cabeza. Pero aún no terminó con el interrogatorio.

—Debe ser difícil, Tejal, ver a tantas buenas personas en peligro; ver cómo las matan y no poder hacer nada al respecto.

¿Por eso me busca? ¿Acaso presencié alguna matanza horrible que fue importante para él? ¿Será que vino a buscar algo más que un objeto? No sé qué

podrá ser.

—No me corresponde formar parte de esos momentos. Los Hedaji se aseguran de que exista un registro. Un registro solo sirve si se comparte con los demás. En ese sentido, los Hedaji cumplimos una función vital. Facilitamos los recuerdos, tanto los malos como los buenos.

Me mira con curiosidad: está decidido a obtener una respuesta. Ya no piensa seguir lidiando con mis evasivas y verdades a medias.

—Pero tiene que haber habido ocasiones en las que hayas querido intervenir... en las que humillaron a doncellas, o mataron a personas inocentes... Debes haber visto acciones tan injustas, tan abusivas, que te habrá parecido un crimen contra el universo *no hacer nada*.

Ahora está entusiasmado y acercándose más que nunca al motivo real por el que vino. ¿Acudió en busca de justicia? ¿Acaso tiene la insensatez de creer que estoy en condiciones de darle eso?

¿O pretende que yo haga justicia?

—No sabes mucho sobre el universo, estimado. —Es lo único que puedo decirle.

Se levanta de la mesa una vez más y se dirige a la oscuridad detrás de mí. Quiere estudiar las piezas que tengo en exhibición, y esta vez dejo que las sombras le permitan acercarse. Se aproxima a los estantes, y su mirada salta de un objeto a otro. Aunque es una exhibición impresionante, mi colección se plasma en las cartas, principalmente. Los objetos físicos que conservo no son los más importantes ni los más costosos.

Son los que cautivaron mi imaginación... o mi compasión.

Camina de una pieza a la otra, manteniendo una distancia respetuosa en todo momento. Se mueve con lentitud, y solo lo hace cuando ya estudió un objeto con la atención ferviente de un erudito. Sin embargo, no puedo dejar de pensar que todo esto es una pantomima. Está buscando algo en particular.

Ni siquiera se detiene ante el trozo de tela roja que forma parte de mi colección personal. ¿Por qué lo haría? Está viejo y andrajoso, y podría confundirse fácilmente con un trapo de limpieza. Él no ve el fragmento de un sello desgastado, apenas visible en su rincón. La línea de la mandíbula de un dragón, la curva de una luna creciente.

Se detiene frente a la pieza más simple y enigmática de mi colección. Es un

anillo, un objeto pequeño fabricado para que lo use una niña o una mujer joven. No está hecho con un metal precioso; tampoco tiene joyas. Se forjó con una aleación simple. El anillo tiene adherida una púa larga y delgada que tiene la longitud aproximada de una mano. Aunque es una joya, esa púa tiene un propósito; no es simplemente un adorno.

—Qué curioso —dice, inclinándose para ver más de cerca—. Nunca había visto algo así.

—Es muy antiguo. —Decido ponerlo a prueba. Levanto mi velo para mirarlo mejor—. Perteneció a un clan que desapareció hace mucho. Los Damji. ¿Oíste hablar de ellos?

Se acaricia el mentón.

—¿Te sorprendería que te dijera que sí?

No puede ser.

¿Quién es este hombre?

Su mano se cierne sobre el anillo. Me mira suplicante.

—¿Me permites?

Hago un gesto afirmativo; tengo curiosidad de ver si por fin revelará sus intenciones.

Recoge el artefacto con devoción. Lo gira y lo examina desde todos los ángulos.

—¿Qué es esto?

—¿Qué crees que es?

Recorre con un dedo el largo extremo de la púa.

—Supongo que esto se podría usar como un arma a corta distancia, una especie de estilete. Podrías hundir esta punta en el cuello de un asaltante... o introducirla en un ojo y llegar hasta el cerebro.

Nuestras elecciones revelan quiénes somos.

—Tienes una mente muy retorcida —le digo. Inclino la cabeza en dirección al objeto en su mano—. Es exactamente lo que parece: un anillo.

Mira la pieza frunciendo el ceño y la devuelve al estante.

—¿Por qué tiene esa púa tan larga? Se ve bastante extraña en algo que se usa como ornamento...

—Tiene un segundo propósito que es específico de los Damji. El poder de su magia provenía de la comunidad. Solo trabajaban en grupo, y la vara de ese anillo

actuaba como un pararrayos: atenuaba su poder.

Sus cejas se arquean con sorpresa.

—Era algo digno de verse... o eso me dijeron. Era un grupo poderoso para su época. Pero se perdió para siempre. Esto solo demuestra que el tiempo se lleva todo: a los grandes, los pequeños, los fuertes y los débiles.

Ahora parece mirar el anillo con mayor aprecio.

—Un grupo con una perspectiva única sobre la magia y cómo usarla... Qué pena que ya no queden más Damji.

—Sí —le respondo, haciendo mi mayor esfuerzo por no revelar nada—. Todos desaparecieron.

Excepto una.



Recuerdo la primera vez que vi a Badaal. Acababa de superar mi Día de Realización. Como Damji, ya me consideraban adulta, pero no era adulta en casi ningún sentido. Apenas comenzaba a desarrollar las piernas largas y robustas características de mi pueblo y la capacidad de ver en la oscuridad, que necesitaba para unirme a las cacerías nocturnas (era mejor cazar después del atardecer para reducir la probabilidad de sufrir un golpe de calor en nuestra tierra bendecida por el sol).

Estaba en mi hogar con otros miembros de mi clan. Cada Damji se consideraba integrante de una familia. Esas mujeres eran mis hermanas, mis tías y mis primas; los hombres, mis hermanos y mis tíos. Mi madre, la matriarca de nuestro clan, estaba consultando a los ancianos, algo que solía hacer a esa hora del día. Varios de los niños más grandes preparaban la cena mientras ponían a los más jóvenes a trabajar por medio de un juego: cortar cuero seco en tiras para trenzarlas y formar cuerdas y mallas. Todos estaban trabajando, excepto yo.

Andaba malhumorada y escondida en el porche, desde donde podía espiar a los demás. Temía que mi vida se terminaría pronto, en lugar de estar apenas comenzando. Ya no me permitirían hacer lo que quisiera. Pronto decidirían un rol principal para mí, y luego el rumbo de mi vida quedaría establecido. Ya sabía

cuál sería ese rol: se esperaba que liderara a mi pueblo, como lo hizo mi madre. Yo no sabía si quería eso; en verdad, no sabía si lo llevaba en el alma. Aún debían ponerme a prueba. Además, me buscarían una pareja de mi edad. Y, después de unos años, tendría que casarme. Todo cambiaría pronto, lo quisiese o no.

Lo único que no cambiaría sería la práctica espiritual de nuestra familia. Se esperaba que todos los miembros del clan participaran en ella. Eso era algo de lo que podría seguir siendo partícipe: la magia de los Damji se compartía por igual entre todos los miembros. Era específica e individual, sí, pero tenía algo interesante, algo *único*: estaba destinada a ser una experiencia compartida. Cuantos más éramos los que practicábamos al mismo tiempo, más potente era la magia. Es decir, que se animaba a toda la familia a aprender el arte de la magia.

Ya te imaginas por qué eso haría que otros clanes estuvieran recelosos de nosotros. Algunos simplemente tenían miedo. Había escuchado a mi padre y a mis tíos hablar de noche, reunidos en torno a la fogata, sobre la envidia de los clanes rivales. Envidiaban nuestra serenidad. Nuestra unión. Nuestra magia, que servía para transmutar un material en otro. A menudo los otros clanes sucumbían por los celos y la avaricia, las aspiraciones personales y el hambre eterna del ego. Pero los Damji no éramos así. Yo imaginaba que, siempre que nos mantuviéramos unidos, estaríamos a salvo. Éramos fuertes.

Entonces, estaba en el porche, escondida bajo un toldo voluminoso, cuando escuché un tumulto. Provenía del patio, en dirección a los establos, donde se criaba el ganado. Parecía como si se hubiera iniciado una pelea en el grupo, algo que parecía improbable. Estaban arreando al ganado para asegurarse de que estuviera a cubierto durante el momento más caluroso del día. Había poca sombra en la sabana, y el sol intenso podía deshidratar a un camello o un buey en unas pocas horas. Nadie quería estar bajo el calor del mediodía ni un minuto más de lo necesario. Sí, quizás alguien protestaba, pero todos trabajaban juntos para terminar la tarea con rapidez.

Fue entonces cuando vi el destello de una explosión y oí un trueno.

Después, todo sucedió muy rápido. Desde mi posición estratégica en el porche, vi a unos hombres con vestimentas extrañas y abrigos de muchos colores que emergían de atrás de los graneros con báculos mágicos en alto. Todos usaban bufandas rojas para ocultar su rostro. Una columna de humo densa y negra se

elevaba sobre los edificios, con el olor del caos y la destrucción. Luego siguieron más explosiones, más destellos de luz, el olor a alcrebite y fuego infernal y otros ingredientes imposibles y profanos. Los más pequeños corrían y gritaban. Se oía el estruendo de las explosiones a sus espaldas, los gritos de la gente que moría.

Y no cualquier gente: mis hermanos y hermanas, mis tías y tíos, y mis primos. Mi padre.

Quienes estaban en la cocina también oyeron las explosiones y entraron en pánico. Pero mi madre, mi serena e inteligente madre, una líder innata, comenzó a organizarlos rápidamente. Sabía que allá afuera nuestros parientes estaban desarmados. No hacía falta cargar armas para cuidar el ganado al mediodía. Y no había depredadores en el valle.

No consideramos la posibilidad de que vinieran depredadores del exterior. No sabíamos que la envidia y el miedo podían llevar a una persona —o a otro clan— a hacer algo impensable.

¿Por qué mi madre no instó al clan a usar su magia? Es una pregunta razonable. No tenía puesto su anillo. Nadie lo tenía. Parecía innecesario en la seguridad de nuestro hogar, así como nadie llevaría una ballesta a la mesa del comedor, ni tampoco viales de veneno a la cama al acostarse.

Mi madre se apresuró a buscar su anillo y urgió a los demás a que hicieran lo mismo.

Pero no habían llegado muy lejos cuando la puerta de entrada se abrió de golpe.

Esos hombres de abrigo multicolor irrumpieron con los báculos levantados y apuntaron a mi familia. Me imaginé que les ordenarían que se arrodillasen en el suelo o se parasen contra la pared. Creí que habían venido a buscar mujeres jóvenes. Los secuestros de novias no eran infrecuentes, aunque por lo general los perpetraba un solo hombre, tal vez junto a uno o dos amigos para sentirse más valiente. Aunque nunca escuché que vinieran a buscar novias en masa.

Pero entonces levantaron los báculos.

Al principio, retrocedí ante el espectáculo violento y sangriento que se desarrollaba ante mis ojos, y me alejé más debajo del toldo. Luego, quise ir corriendo a salvarlos, aunque sabía que no había nada que pudiera hacer. Debí haberme quedado escondida en el porche, con la esperanza de que me confundieran con un montón de ropa sucia. Pero no podía quedarme sin hacer nada. Era mejor morir

con el resto de mi familia que pasar el resto de mis días sabiendo que me había quedado sola en el universo por mi cobardía.

Me quité de encima el toldo y salí como una tromba. Bajé corriendo las escaleras y, con un rugido potente, me abalancé sobre uno de los atacantes. Era un hombre joven, no más grande que yo. Parecía sorprendido. El plan había salido muy bien. Mi familia jamás habría esperado sufrir un ataque semejante en su hogar comunitario. Por eso nunca levantamos un aura de protección. Nos confiamos demasiado.

Casi se cayó de espaldas cuando me vio. Entonces vi que tenía un báculo. Seguramente él también era un mago, pero tal vez un neófito, a juzgar por su edad. Levantó su báculo y se concentró con todas sus fuerzas mientras lo apuntaba hacia mí, recitando unas palabras que no logré entender.

Siglos más tarde, aún recuerdo el dolor que me invadió. Fue como si me hubieran prendido fuego, un dolor tan intenso que todo lo demás —los gritos, los llantos, el olor a sangre— desapareció. Solo quedamos yo y un fuego que subía con violencia por el lado derecho de mi cuerpo.

Abrí los ojos y vi que estaba acostada en el suelo. Me sentía como si estuviera flotando. A mi alrededor todo era una masacre, pero yo no oía ni sentía nada. No podía moverme. Ahora sé que estaba conmocionada. El chico que me había lastimado estaba inclinado sobre mí, comprobando si estaba moribunda.

Mi participación en la batalla campal había terminado. No pude ayudar a nadie; ni siquiera a mí misma.

Y entonces, por encima del hombro derecho de ese chico, vi a Badaal. Se volvió visible solo para mí. Me habría aterrorizado, pues lo habría confundido con un demonio o un fantasma, si no hubiera sido por su mirada de lástima extrema. Aún lo recuerdo tal como lo vi aquel día. Con su cabeza calva, tan blanca que parecía azulada. Y su larga túnica negra, que se extendía hasta sus tobillos. Esos ojos negros punzantes. Y esa mirada de inmensa tristeza.

«Finge que estás muerta». Escuché sus palabras en mi mente, pero sus labios no se movieron. *«Si finges que estás muerta, ya no volverá a hacerte daño. Creerá que tú también moriste. Yo me aseguraré de eso».*

Hice lo que me indicó.

Lo último que vi fue la muerte de mi madre. Se había arrastrado sobre mi hermana menor para protegerla. El hombre que tenían delante no tuvo misericordia

y atravesó el pecho de mi madre con una espada antes de degollar a mi hermana. Me concentré en sus ojos, esos ojos crueles. A lo largo de los milenios, descubrí que todos los asesinos tienen los ojos iguales.

Fingí mi muerte durante horas. Me quedé quieta como una estatua mientras los que atacaron a mi familia celebraban en nuestra casa ensangrentada. Les daban golpecitos a los cadáveres con sus botas para asegurarse de que todos estuvieran muertos. Remojaron los dedos en las heridas de mis hermanas y mancharon de rojo la frente de los más jóvenes para simbolizar su primer asesinato.

Cuando se fueron, Badaal se materializó en persona. Me llevó a otra parte de la casa. Aplicó un bálsamo en mis heridas y usó un trozo de la bufanda roja de mi atacante para vendarlas.

—¿Quién eres? —le pregunté cuando recuperé el habla.

Hablaba con amabilidad y se movía con una dulzura impresionante.

—Me enviaron a registrar el evento que aconteció hoy.

—La masacre.

Incluso a esa edad, sabía llamar las cosas por su nombre.

—Sí, la masacre.

—No eran bandidos. No vinieron a robarnos. Eran magos.

Sentí que tenía que decírselo a alguien. Que eso debía quedar claro.

—Debes olvidar esa parte...

—¿Olvidar? —Las palabras de ahogaron en mi garganta—. ¿Cómo podría olvidarlo?

Colocó sus manos sobre las mías, y ese contacto aflojó algo dentro de mí. Una vez más, sentí que flotaba y que me apartaban con dulzura de todo el espanto que me rodeaba.

—Todo se aclarará... con el tiempo. Mientras tanto, te llevaré lejos de aquí. A un lugar seguro. ¿Me dejarás hacerlo?

De mala gana, asentí con la cabeza.

Él inclinó la suya.

—Quizás me odies por no haber actuado, por no hacer nada mientras... — Nuestros pensamientos se transportaron a los cadáveres que se enfriaban a menos de treinta metros—. Pero no estaba capacitado para hacer eso. No era mi función. Soy un Hedaji, ¿entiendes? Nos prohíben intervenir, incluso en la aniquilación de



LA INTENSA FASCINACIÓN DE GIARAN CON LA LLAVE SÓLO PODÍA SIGNIFICAR UNA COSA: LÓ ENVIARON A MATARME.

un clan entero. Por desgracia, tales eventos no son infrecuentes en la historia del universo. Yo solo estaba ahí para hacer mi trabajo, para registrar. Para ser testigo.

Le toqué la mano mientras me ataba el vendaje.

—Pero sí interviniste.

Él sonrió.

—Te vi lanzarte hacia tus atacantes, y en ese momento supe que lo que estaba presenciando no era la Fortuna. No era el Destino. En ese instante, el tiempo se presentó de dos maneras, como una bifurcación en el sendero del tiempo. Si vivías, harías algo grandioso.

No me estoy vanagloriando: eso era lo que había visto Badaal. Mucho tiempo después descubriría que Badaal era un vidente muy poderoso.

No podía ignorar esa sensación. Tenía que salvarme.

—No tengo el poder de salvarte, a menos que te conviertas en Hedaji. Es la única acción que tenemos permitida: podemos intervenir si encontramos un candidato adecuado para unirse a nosotros. —Me observaba con ojos sonrientes—. Y tú serías una candidata sobresaliente.

—Además, sería lo más seguro. Estarás oculta la mayor parte del tiempo. Nadie podrá verte, a menos que tú lo permitas. Considerando lo que le ocurrió a tu familia, creo que estarás de acuerdo conmigo en que *nadie* debe verte ahora. Nadie debe saber que hoy hubo alguien de tu clan que sobrevivió. Al menos no hasta que sepas quiénes están detrás de todo y por qué quisieron matar a tu familia.

—Pero tú puedes ver todo: tienes que saber quiénes eran esas personas y por qué hicieron esto —le dije.

Badaal se apartó de mí.

—Parte de la maldición de ser Hedaji es... el conocimiento. No es fácil vivir en un orden, Tejal. Pronto recibirás más información... Serás Testigo de hechos desgarradores y horrendos. La trama fundamental del universo no es la amabilidad.

El universo es ciego frente al sufrimiento. Y tú debes dar testimonio de todo. Debes acatar tus limitaciones. Jamás debes actuar, y hay un motivo para eso.

—¿Y cómo lo manejas tú? —le pregunté.

Llegué a conocer bien a Badaal, ya que pasamos mucho tiempo juntos. Sé que es una persona decente y amable. Pero ese día dudé si no sería una especie de monstruo.

—Uno aprende a aceptar lo que no puede controlar. Si tienes fe en la importancia de la misión, entenderás que debe realizarse. No podemos ser todos grandes héroes. Sin embargo, sin los Hedaji, sin los escribas, no habría un registro bien completo de muchos actos heroicos de la humanidad. Sería como si esas hazañas jamás hubieran ocurrido.

Pero ese día, al romper su juramento para rescatarme, Badaal se había atrevido a ser un héroe.

Así que lo escuché. Acepté su oferta y me consagré a los Hedaji. Al principio, lo hice porque quería encontrar una respuesta a mi interrogante. Además, sentía que se lo debía a Badaal por haberme salvado. Recién con el correr del tiempo llegué a aceptar de verdad mi deber. Mi obligación. Llegué a verlo como una vocación.

Aunque eso no quiere decir que las restricciones nunca me molestaran. Debajo de la capucha y la tinta, seguía siendo humana. Tenía un corazón, y aún era capaz de sentir emociones.



Giaran me está inquietando. Es la primera vez en mucho tiempo que recuerdo sentirme así. Al fin y al cabo, estoy protegida.

Me aparto de la mesa.

—Viniste aquí porque estás buscando algo. ¿Por qué no me dices qué es y acabamos con este juego?

Creo que mis palabras lo harán enojar. O tal vez lo entendí mal. Era posible que no supiese lo que quería; algunas personas esconden sus deseos más profundos incluso de ellas mismas. A veces les da mucha timidez o vergüenza pedirlo.

Pero entonces sigo su mirada y comprendo exactamente qué está buscando.

Está mirando el espacio que hay entre mis pechos.

Sin embargo, esto no tiene nada que ver con la lujuria. Alojado entre mis pechos hay un artefacto, que uso como pendiente en una correa de cuero. Es una pieza de hierro pesada y con forma definida.

Una llave. Una llave común, de las que parece que podrían abrir una puerta simple de alguna taberna. Una llave tan ordinaria que no hay ningún motivo para que un extraño se quede mirándola boquiabierto.

A menos que Giaran sepa lo que es y qué puerta abre.

Apuesto a que lo sabe.

No vino a buscar el anillo; ese anillo era solo una prueba. Demostró que yo conocía a los Damji... íntimamente. No, él vino a buscar la llave.

Esta llave abre la bóveda que contiene mi secreto más importante. Lo escondió una bruja de Hawezar que me ayudó con un hechizo. Le había afirmado a la bruja que mantendría oculto mi secreto, pero insistió en que estaría más seguro si lo ocultaba otra persona. Si yo no sabía dónde estaba, jamás podría revelarlo, ni aunque me torturaran, ¿verdad?

El acuerdo fue que la bruja me daría la llave. De ese modo, quien quisiera verme muerta tendría que seguir dos pasos: descubrir dónde estaba escondido mi talismán secreto y arrebatarle la llave, aunque no necesariamente en ese orden.

Parecía un buen plan. Me ha ayudado a conservar mi inmortalidad durante todos estos siglos.

Lo que no tuve en cuenta en aquel momento, dado que era mucho más joven y tenía menos experiencia cuando se lanzó el hechizo, es que a las brujas se las puede sobornar. Y es algo que sucede con una frecuencia alarmante.

La intensa fascinación de Giaran con la llave solo podía significar una cosa: lo enviaron a matarme.

Cuando miro sus ojos azules, todo encaja. Ya he visto antes a los de su tipo. Es un asesino, un mercenario. Esos ojos de asesino lo delataron. Alguien debe haber visto el anillo Damji en mi colección y entendió que no todos los Damji habían sido eliminados aquel día horrible. Una había escapado mediante acciones extraordinarias e imprevistas.

Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué enviarían a un asesino a sueldo a recorrer el universo para encontrarme? Los asesinos de este calibre no son baratos. Imagino

varias razones por las que alguien podría quererme muerta. Quizás no actué y dejé que el ser querido de alguien muriera, o su madre o su padre, o su hija pequeña.

Aunque es improbable que pudieran asociarme a sus muertes. Nadie puede ver a un Hedaji mientras está escribiendo.

No, esta rencilla es anterior a la época en la que me uní a los Hedaji.

Y eso me lleva a la matanza de los Damji.

Jamás descubrí quiénes fueron los responsables del ataque a mi familia. Badaal insistió en que me olvidara de ello, que me negara a conservar un recuerdo tan dañino en mi consciencia. Me advirtió que, si no lo olvidaba, nunca sanaría. Sabía que me estaba pidiendo mucho, pero serviría para demostrar que tenía el autocontrol y la disciplina para ser una Hedaji, quizás incluso la mejor de todas.

Fue difícil, pero logré cerrar la puerta de esa curiosidad. A fin de cuentas, saciar mi curiosidad no les devolvería la vida. No haría que me sintiese menos sola.

Ahora, siglos más tarde, entiendo que el pleito que ocasionó la masacre de mi familia no concluyó. Y que no concluiría hasta que el último Damji haya muerto.

O quizás el objetivo era eliminar la posibilidad de que alguien contara lo que ocurrió. *La posibilidad de que hubiera testigos. De que alguien diera su testimonio.*

¿Es posible que hayan enviado a Giaran a matarme para que la matanza de mi familia quede en el pasado? ¿Será alguien —tal vez un clan o una familia— que pretende seguir ocultando su delito? Mi padre tuvo discusiones con varios clanes poderosos. Cualquiera de ellos podría ser responsable. Quizás nos envidiaban o anhelaban descubrir nuestras técnicas, las habilidades especiales que nos permitían, por ejemplo, transformar el metal en oro.

Se me cruzan todos estos pensamientos de golpe, quizás porque siempre estuvieron ahí, en lo profundo de mi mente. Badaal lo entendió desde el primer momento: debía permanecer oculta. Alguien podía venir a buscarme. Estaría a salvo si me escondía como una Hedaji.

Y tenía razón, pero parece que mi atracción hacia los artefactos ha sido mi perdición.

Pero, además, los Hedaji tenemos otra debilidad: somos criaturas solitarias. Vivimos solos.

Y, como vivimos solos, no hay nadie cerca que escuche tus gritos cuando mueres.



SØY UNA HEDAJI. TENGO MÁS HISTORIAS POR CAPTURAR, CON TODOS SUS DETALLES EXACTOS.



Giaran nota mi mirada. Ya sabe que lo descubrí.

Pienso en mis opciones por un instante. Podría luchar por mi vida. Estamos en mi hogar, así que yo tengo la ventaja. Él no sabe si podría venir alguien, si podría aparecer algún otro cliente en un remolino de niebla. No sabe qué artefactos letales cuelgan en las paredes, armas que podrían volar a mi mano en un instante.

Sin duda, lo que pueda saber sobre mí es limitado.

Pero no debo ser ingenua: es un asesino a sueldo.

Ya vio que me falta un dedo y sacó la conclusión correcta: estoy protegida con un hechizo de inmortalidad.

Él posee *todos sus dedos*, así que, salvo que cuente con la protección de otro hechizo o amuleto, estará vulnerable, en caso de que logre acercarme lo suficiente para matarlo. Pero no creo que eso sea posible.

Ninguna de mis opciones parece muy favorable. El desenlace más probable es que me tenga prisionera hasta que logre romper el hechizo. En ese momento, me matará. Está la posibilidad de que simplemente me disuelva y me convierta en polvo cuando se rompa el hechizo, tras lo cual volveré a mi estado orgánico y me someteré a las limitaciones del tiempo.

Ahora entiendo esa sensación que he tenido desde que se materializó en mi receptor: Giaran vino con malas intenciones. Puede que sea el principio de mi fin. Mi corazón se acelera. El sudor comienza a escapar por encima de mi labio superior, a pesar de que sé que aún no voy a morir.

Y entonces un frío distanciamiento impacta sobre mí como una ola del océano. Es el don de los Hedaji, la capacidad de observar sin juzgar ni sentir la necesidad de proponer una solución. Veo este momento como lo que es: una parte de una

sucesión que comenzó cuando asesinaron a mi familia y Badaal decidió intervenir. Era inevitable que algún día el círculo se cerrara y yo regresara al mismo lugar. En algún momento los eventos de aquel día desembocarían en mi muerte o en la posibilidad de vengar a mi familia.

Sin embargo, los Hedaji no reconocemos la venganza.

Alguna vez fui Damji, hace mucho tiempo.

Pero *ahora* soy Hedaji.

Es como si el tiempo se hubiera detenido. Giaran sigue analizándome, intentando discernir lo que pienso. Yo pienso cuál será mi próxima jugada *obligada*, porque no habrá una segunda oportunidad.

Podría matarlo. La necesidad de autopreservación es fuerte. Se siente extraña porque durante mucho tiempo nunca la había sentido. La protección no era necesaria. Pero esta vez es diferente. Si mato a este hombre, tengo el futuro asegurado. Al menos hasta que el próximo asesino me encuentre.

Imagino cómo quitarle la vida. Podría lanzarme sobre él y empujarlo contra la pared. Sujetada en un exhibidor sobre la pared hay una daga que alguna vez perteneció a un nigromante renegado. Puede que la hoja de hueso ya no esté muy afilada, pero, si le aplico la fuerza suficiente, podría perforar las costillas de un hombre. El extraño tiene una espada y quién sabe qué otra cosa tendrá escondida, pero yo contaría con el factor sorpresa, y el hechizo de protección frenaría su mano y haría que agarre con torpeza la vaina de su espada, demorándolo el tiempo suficiente para que yo pueda atacar.

La sangre me retumba en los oídos. «*Podría matarlo, pero ¿estoy autorizada a hacerlo?*». Su muerte podría alterar el curso del tiempo.

Sin embargo, antes de que pueda abordar esa pregunta, la decisión se me escapa de las manos.

Se mueve más rápido de lo que creía posible. Antes de que pueda inmutarme, se abalanza sobre mí, saltando sobre la mesa con la elasticidad de un gato montés. Caemos al piso, y su peso me inmoviliza. Para ser un hombre tan flaco, es sorprendente lo pesado que es. Puro músculos y huesos.

Intento atrapar sus manos para impedir que alcance su espada o alguna daga oculta. Tal vez no pueda matarme de una vez, pero puede lastimarme y dejarme incapaz de defenderme. No quiero terminar atada y amordazada.

Seguimos forcejeando, pero será cuestión de tiempo antes de que me canse, y sé que me cansaré antes que él. Ahora noto lo fuerte que es. Lo había subestimado; confié demasiado en el hechizo de protección.

Aferro mi corsé y me sacude. Cada tirón hace que esas apretadas correas se hundan en mis costillas y mi columna. Me debilito rápido mientras lo último que me queda de oxígeno sale expulsado de mis pulmones. Aferro sus manos con desesperación, intentando romper su control, pero es inútil.

Está mirando la llave. Su fijación es absoluta; prácticamente me quema la carne.

En ese momento recuerdo algo y me doy cuenta: «*Debo dejar que tome la llave*».

Aflojo la tensión en sus muñecas y él se libera, creyendo que cometí un error o que estoy agotada. Agarra la llave, arrancando la correa con un tirón enérgico.

Con mis últimas fuerzas, lanzo un hechizo que me impulsa lejos de él. Me otorga menos de un metro de separación, pero al mismo tiempo me envuelve en un aura protectora. No durará mucho, pero ruego que sirva como disuasión.

Se levanta del suelo aturdido. Mira la llave que tiene en su mano, sin poder creer su buena suerte. Y luego me mira a mí. Estoy visible detrás de la niebla. Me encojo en el suelo, como si estuviera indefensa.

Debo convencerlo de que no soy una amenaza.

Curva un labio y mete la llave en su abrigo. Seguro que preferiría llevarme con él; sería lo más prudente. Pero ahora estoy detrás de un escudo que no puede atravesar, y sabe que no necesita capturarme. Puede que mi vida se acabe cuando se disipe el hechizo, o tal vez simplemente él me vuelva a rastrear y termine su trabajo. Así que, por ahora, tomará el camino más incierto porque es más fácil y quiere terminar con este maldito trabajo y pasar al siguiente.

Desaparece en una nube de niebla.

Doy un suspiro de alivio.

Lo que él no sabe, y lo que yo acabo de recordar, es que la llave tiene una trampa explosiva. La envolví con un hechizo que destruirá a quien intente usarla. Es riesgoso... Al hacerlo, me condené a la inmortalidad. Pero no fue porque quisiera vivir para siempre. De hecho, era algo que temía por haber hablado una vez con un mago que había hecho lo mismo y lo lamentó toda su vida; estaba marchito y era más parecido a una tortuga que a un hombre.

Él también había estado solo en el universo, y todos los que conocía estaban

muertos.

Sin embargo, a diferencia del viejo mago, yo tenía algo por lo que vivir. Soy una Hedaji. Tengo más historias por capturar, con todos sus detalles exactos.

Me levanto del suelo, pongo a prueba mis articulaciones doloridas, vuelvo a ajustar las correas de mi corsé. El impulso de seguir a Giaran es fuerte, pero no tiene sentido. No hay necesidad. Cuando intente usar la llave, terminará hecho pedazos y podré recuperarla. Estoy a salvo..., pero resulta difícil creerlo, sobre todo después de haber luchado por mi vida con ese hombre. Mi respiración tarda un buen rato en volver a la normalidad, al igual que mi mente en frenarse y procesar lo ocurrido con lentitud y precisión.

Hay personas de mi pasado lejano, de mi pasado Damji, que me quieren ver muerta. Esta vez no lo lograrán, pero ¿volverán a intentarlo? Camino hacia los estantes y recojo ese trozo de tela que Badaal astutamente me dejó hace cientos de años. El medio para encontrarlos siempre ha estado a mi alcance. Fue mi decisión no buscarlos. Si esa situación cambiara en algún momento, bueno..., estoy en una buena posición para observar. Los Hedaji somos espías, los mejores espías del mundo. Ahora que conozco el peligro al que me enfrento, observaré.

El aire comienza a resplandecer. Viene otro visitante.

Me apresuro a enderezar el mueble derribado y a invocar una atmósfera de calma en la habitación. Sin embargo, es difícil trasladar esa atmósfera a mi interior.

La niebla se arremolina, luego desaparece, y otro visitante yace de pie en el centro de mi recibidor. Me obligo a sonreír.

—¡Bienvenido, forastero! ¿Quieres ver lo que te depara hoy el destino?



ALMA KATSU escribe novelas desde 2011. La mayoría de los libros de Alma Katsu combinan la ficción histórica con elementos sobrenaturales o del terror. Su trabajo recibió reseñas destacadas de *Publishers Weekly*, *Booklist* y *Library Journal*; se publicó en *New York Times* y *Washington Post*; fue nominado y ganó premios en los EE. UU. y otros países; y apareció en numerosas listas de libros destacados, incluidas las de NPR, Apple Books, Goodreads y Amazon. *The Hunger* (2018), una recreación de la historia de la Expedición Donner, fue designada como una de las 100 historias de terror favoritas de NPR y se la sigue homenajeando como un nuevo clásico del terror. Su novela de terror más reciente, *The Fervor*, fue nominada en los premios Stoker y Locus a la mejor novela de terror y el mejor libro de tapa dura por International Thriller Writers. También escribe novelas de espionaje, la combinación lógica de su amor por la narración y su carrera de más de treinta años como analista de inteligencia. *Red Widow* (2021), su primera novela de espionaje, estuvo entre las selecciones de los editores del *New York Times* y fue nominada a mejor novela por International Thriller Writers. El segundo libro de la saga, *Red London*, se publicó en marzo de 2023 con excelentes críticas, y se adquirieron los derechos para usarlo en una serie de televisión.



TEJAL TIENE MUCHAS
HISTORIAS PARA
CONTAR. PRONTO
LLEGARÁN MÁS
CUENTOS DE LA
HEDAJI...